

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Los tres espejos.

PLÁTICA Á LAS HIJAS DE SANTA TERESA.

(Continuacion).

Poned los ojos en ese frágil barro de vuestro cuerpo, recordad la sentencia de muerte fulminada sobre la cabeza de todos los nacidos, y aprendereis que vuestros dias están contados, que la vida es breve y llena de muchas miserias, que no sabeis el día ni la hora, y cuando menos lo penseis, vendrá la muerte á convertir en polvo ese cuerpo, objeto de tantos cuidados y delicadezas. Sí; vendrá la muerte, quizá de sorpresa, como ladron nocturno, y vendrá ¡ay! con su fiero semblante, con sus ojos de ira, con su terrible guadaña á romper los apretados lazos que unen la materia y el espíritu, el

cuerpo y el alma; y entonces perderán su luz esos ojos que ahora brillan como dos luceros, y se convertirán en polvo, esa frente donde resplandece la inteligencia y ese rostro, espejo del alma que ha sido hecha á imagen y semejanza de Dios; se tornarán polvo y ceniza esos órganos admirables del oido, y esos lábios púrpuros, y esa boca maravillosamente formada y los huesos blancos, menudos y parejos que los guarnecen; se convertirán en podredumbre esas manos cuidadas con tanto esmero, y esa piel cuya frescura os encanta, y cuya conservacion os desvela. Vendrá la muerte, y entregará á los gusanos esa carne que mirais como un ídolo, digno de todos vuestros cuidados. Ved todavía *lo que sereis*. Viene la muerte, y con ella no se acaba todo, porque es preciso

que todos los nacidos comparezcan ante el tribunal de Jesucristo á darle cuenta de toda su vida, buena, ó mala, y entonces cada uno recibirá galardón ó castigo segun sus obras. Se trata, pues, de una eternidad dichosa, ó desventurada. Figuraos que ha llegado para vosotras ese momento solemne, y que os hallais en presencia de Jesucristo, vuestro juez, en cuyas manos está vuestra suerte eterna, de cuyos labios vais á escuchar un fallo soberano é irrevocable. ¿Decidme: qué sentencia os tocara? ¿Será de condenación ó de salvación? Ahora no sabreis contestarme. Nadie sabe si es digno de amor, ó de odio. Pero sereis entonces absueltas por el eterno juez, si sois ahora *lo que debéis ser*. Escuchad con atención y docilidad esta enseñanza que compendia toda la ciencia cristiana de la mujer, su educación religiosa, los deberes que ha de cumplir, las virtudes que ha de practicar, y el secreto de las dichas temporales y eternas que Dios ha prometido á las almas que honran, imitan y glorifican á la madre inmaculada de su Hijo.

Lo que debeis ser, podeis aprenderlo estudiando la vida de la Santísima Virgen, vida típica donde encontrareis todas las gracias, to-

das las bellezas, todas las virtudes que deben adornar á las jóvenes cristianas para su gloria y para su dicha.

Estudiad la vida de vuestra madre y vereis como Maria á pesar de su grandeza incomparable era humilde de corazón y prudente de ánimo, grave en su conversación, sóbria en el hablar, pudorosa y reservada en sus menores palabras, aplicada á la lectura de los libros santos, atenta á todas sus obras, acostumbrada á buscar la voluntad de Dios, más bien que la de los hombres no afligiendo jamás á nadie, queriendo bien á todos, respetando lo que es grande, y sobre todo la santa magestad de los años. Ninguna afectación en sus palabras, nada de inconveniente en sus acciones; su gesto, su paso, su voz, todo era armonía, y su cuerpo era tan propia imagen de su alma, que se creeria ver en su persona la encarnación de la honestidad. (1) Hé aquí el espejo en que habeis de miraros para conocer *lo que debéis de ser*. Es la Virgen el espejo sin mancha, purísimo, y clarísimo, donde Dios puso la imagen sustancial, la figura divina y el resplandor eterno de su infinita magestad, su

(1) Ambros. lib II de Virginibus.

Verbo, hecho hombre para redimir al hombre.

Miraos en ese espejo santísimo, y conocereis los defectos que tenéis para enmendarlos, las virtudes que os faltan para adquirirlas, las que habeis adquirido para perfeccionarlas. Las que son soberbias, se tornaran humildes, mansas las iracundas, modestas las vanidosas, castas las deshonestas, porque verán en María la humildad, la mansedumbre, la modestia, la pureza como otras tantas piedras preciosas, realzando su diadema de Reina, y adornando su corona de Madre. En ella, dice San Ambrosio (1) contemplareis como en una imagen la hermosura de la virginidad, y como en un espejo la belleza de la castidad y la forma de toda virtud. ¿Por qué habeis de pasar el tiempo, contemplando en el espejo la imagen de vuestro cuerpo que se tornará polvo y ceniza, cuando tanto podeis brillar; mirándoos con frecuencia en el espejo de María, y adornando vuestra alma con las galas de sus virtudes? Hé aquí el divino original, Jesucristo; hé aquí el espejo purísimo de la infinita hermosura, la santísima Virgen; hé aquí una copia bellísima

del infinito modelo, y una imagen viva de María, Santa Teresa de Jesús, la graciosa castellana, vuestra santa Patrona, que llegó á ser un portento de santidad y sabiduría porque se aplicó á reflejar en su alma, en sus palabras, en sus pensamientos, en sus obras, en todo el tenor de su prodigiosa vida los eternos resplandores de Jesús y de María.

Sed vosotras á imagen y semejanza de María, vuestra madre, y de Teresa, vuestra patrona, y siendo lo que debeis ser en la presente vida, sereis en la futura dichosas y bienaventuradas.

Z. M.

VARIEDADES.

La Hermana de la Caridad.

(Conclusion.)

Vedlas ahora en los *Hospitales civiles*, en la casa particular, en todas partes donde el dolor se albergue.

¡Cuán grandes, cuán santas son!

El más pertinaz, el más profundo, el más venerado de todos los recuerdos de mi alma, saturada desde entonces de inextinguible agradecimiento, es el recuerdo que guardo de uno de esos ángeles, de una Hermanita, buena como la bondad misma y santa como un mártir.

Una grave dolencia tenía en el lecho, lejos desgraciadamente de mi hogar y sin los cuidados de mi familia, cuando acudieron á asistirme las salvadoras Hermanas de la Caridad.

(1) Lib. 2. de virgin.

Desde que Sor Fernanda del Cármen, que así se llamaba uno de aquellos bendecidos ángeles, conjunto de perfecciones, se acercó á mi lecho de dolor, sentí que se acrecían mis fuerzas para soportar con mas resignacion mis males. Las consoladoras frases de Sor Fernanda del Cármen; su cariñosa solicitud en la administracion de los medicamentos, la beatifica serenidad de su rostro, su resignacion... todo eso logró infundirme alientos jamás sentidos.

No obstante, la enfermedad no cedia y antes al contrario, debió agravarse. El médico ordenó que se me administrase el Santo Viático.

Yo conservaba el uso de mis sentidos é inteligencia en toda su integridad; no perdí un detalle del respetable acto.

El sacerdote, cerca de mi lecho, cumpliendo su agusta mision; detrás muchas personas con cirios y con las caras angustiadas... Y á la derecha, de rodillas, llena de fervor y con los grandes ojos pardos oscuros fijos en la imágen de María Santísima, rezaba por mi curacion Sor Fernanda del Cármen.

Aquella Hermanita de la Caridad fué para mí un grandioso argumento que desvanecié muchas de mis dudas, que inundó de divina luz mi alma y que debió purificarla, á juzgar por la calma que la inundó súbitamente. Sentí como si me quemasen el corazon con llama sagrada, me creí poseedor de misterios no revelados. Recé yo tambien, y lo que hasta entonces me habia espantado, la muerte, me pareció cosa natural, y hasta creó que la descé sinceramente.

Pero Diós no tenia señalado mi tér-

mino en este valle. Abandonóme mi dolencia, y aún formo parte del mundo de los vivos, y cuando me siento acechado por miserias terrenales purifico mi espíritu en los celestes resplandores del recuerdo de Sor Fernanda del Cármen.

¡Bendita seal

A. de la Cruz Prieto.

El Monje de Poblet.

I.

Era por el año 1156, cuando el rey moro de Valencia, llamado Lupo, envió á buscar al gallardo jóven Amete, hijo del rey moro de Carlet.

—Amete,—le dice el rey Lupo,—el conde Berenguer de Barcelona me brinda con treguas, deseo aceptarlas, y necesito un mensajero que vaya en mi nombre á sellar el pacto con él.

—Yo seré ese mensajero,—contestó Amete.

—Toma, pues, el mejor de mis caballos, y por escolta la flor de mis soldados, y escoge mis mejores joyas para hacer un presente al conde... Apresúrate y parte.

Amete se despidió de su anciano padre y de sus dos hermanas Zaida y Zoraida, y partió, montado en un caballo cordobés que igualaba al viento en su carrera. Ya muy entrados en Cataluña, y atravesando de noche un espeso pinar, descargó una furiosa tempestad. Ignorando á donde se dirigía, por la oscuridad de la noche, y desviándose Amete de su escolta por la ventaja que llevaba su corcel á los otros, vé brillar una luz, y en medio del fragor del temporal oye un canto

divino, misterioso, melancólico, que le deja exlasiado. Se acerca al edificio, se apea, penetra en el, atraviesa un jardín, cruza un claustro y entra en un templo. Solo tres luces brillan en el altar de aquel monasterio, que era el de Poblet, y el canto que oyó era el de la *Salve*. Amete se reclina junto á una columna, llora, y en medio de su llanto siente bullir en su alma un mundo de nuevos sentimientos. Al fin cae de rodillas. Una procesion de seres con ropajes largos y blancos, empieza á deslizarse por delante de él. Son los monjes, que se retiran del coro, cruzados los brazos, inclinada la frente. Uno de ellos repara en Amete y dá un grito.

—Válgame nuestro glorioso Padre San Bernardo! ¡Un moro, un moro, en la casa del Señor!

—¡Un moro! (repiten los demás.)

El Abad se adelanta y le pregunta:

—¿Quién eres?

—Soy Amete, el hijo del rey de Carlet.

—¿Quién te ha traído aquí?

—La tempestad.

—¿Dónde ibas?

—No lo sé.... ya no lo recuerdo.

—¿A quién buscas en estos sitios?

—A Dios.

—¿Qué quieres pedirle?

—Que me deje habitar estos lugares, que me deje ser uno de vuestros hermanos, que me deje oír esos cantos que me enajenan, y que me deje, en fin, adorarle, la frente en el polvo, el pensamiento en el cielo, como un hijo de cristianos.

El Abad se volvió hácia los monjes.

—¡Acercáos, hermanos!... es un alma que pide entrar en el camino de la virtud, que conduce al cielo. ¡Acercáos, y demos gracias por ese nuevo beneficio á Dios y á nuestro Padre San Bernardo!

—¡Bernardo! (exclamó el moro). ¡Oh! Así es como quiero llamarme de hoy en adelante.

—Así te llamarás.

Y todos, entonces, doblaron la rodilla, y de lo intimo de sus corazones dieron gracias á Dios, porque dejaba penetrar la luz santa de la fé en el corazón de un infiel.

II.

Desde entonces hubo en Poblet un moro mas, que se llamó Bernardo; un monje santo y virtuoso, cuyos rezos continuos, cuya austeridad y penitencia, cuya ascética vida, le valieron que volase su fama hasta los mas remotos confines.

Desde entonces, la caridad en Poblet fué mas abundante y miles de pobres acudían á sus puertas; pues siendo Bernardo el despensero, ni un solo menesteroso se retiraba nunca sin ser socorrido.

Desde entonces, todos pedían ver y besar la mano al Santo, segun llamaban á Bernardo; pues es fama que habiendo un dia el Abad reprendido al despensero por su prodigalidad sin límites, Bernardo manifestó los géneros intactos y colmados.

Desde entonces habia crecido el número de los convertidos; pues con sus consejos Bernardo atrajo á la religion de Cristo á una parienta suya, llamada Do-

raycela, de Lérida, y á otros muchos sarracenos de la misma ciudad.

Pero un dia se presentó al Abad, y le pidió su bendicion y su permiso para emprender un viaje.

—¿Partes? ¿A dónde vas, hermano?

—A Valencia, á Carlet. Tengo allí unos hermanos, cuyos ojos quiero abrir á la luz, y su corazon á la fè.

Dióle el Abad su bendicion, diciendo:

—Parte. ¡Ay! ¡Permita Dios que vuelvas! ¡Permita Dios que no halles en tu camino la palma del sufrimiento y del martirio!

—Hágase la voluntad de Dios (dijo Bernardo despidiéndose del Abad).

III

Bernardo marchó y llegó á su país. Su anciano padre habia muerto, y su hermano Almanzor era rey de Carlet. Quiso ver á sus hermanas Zaida y Zoraida. Las dos le recibieron llorando.

—Os traigo á cada una de vosotras una Cruz y unos Rosarios (les dijo).

Y desde aquel dia, Zaida y Zoraida se llamaron María y Gracia; pero lo que habia conseguido de sus dos hermanas no pudo lograrlo de su hermano Almanzor. El corazon de éste era duro como un mármol. Ningun presente quiso admitir, ninguna palabra oír.

—No te conozco (dijo á Bernardo) no sé quién eres, renegado. Solo puedo decirte, que si no partes pronto hácia aquellos que te han enviado, la luz del dia dejará de brillar para tí.

Bernardo entonces fué en busca de María y Gracia, y les dijo.

—Vamos.

Y los tres partieron.

Al saber Almanzor la fuga de sus hermanas, salió apresurado tras ellas, al frente de una escolta de sarracenos. En vano huyó hácia el Júcar Bernardo, para embarcar á sus hermanas y salvarlas; alcanzó Almanzor, degolló á las pobres niñas, y despues de maniatarlo á él á una encina, arrancó el clavo que aseguraba el timón de la barca, y lo mandó clavar en la frente del cisterciense.

Bernardo murió, como el Redentor perdonando á su verdugo.

En Poblet no volvieron á tener noticias del monje santo.

.....

Medio siglo despues, luego que el rey D. Jaime I hubo conquistado á Valencia, fué advertido por unos almogávares de que en los campos de Alcira se hallaba sangre fresca y se veia un hermoso y celestial resplandor, en medio de la noche. Acudió allí el buen rey, mandó cavar la tierra, y hallóse el cuerpo de Bernardo...

Esta es la historia de la imagen de un monje, con la frente atravesada por un clavo, que todos los peregrinos se detienen á mirar en Poblet: esta es la historia de San Bernardo de Alcira, el hijo del rey de Carlet, el moro Amete.

*El Vizconde de****

=====
La Guardia de Honor.

—
Hay en la ciudad de Agra un Convento, y entre las jóvenes que allí se educa-

ban, habia una llamada María Fortescue, la cual, aunque protestante, habia sido colocada en aquella casa religiosa por su tío y tutor el Coronel O' Connell, cuando, al morir los padres de la niña, quedó ésta bajo la tutela del militar. El Coronel O' Connell era oficial de alta posición y gran fortuna, y una de esas personas cuyo carácter estaba en armonía con su rango. Alto, grave, severo, y de presencia imponente. Las visitas que hacia á su sobrina causaban cierta impresion de mal agüero entre las monjas, á quienes siempre mostró la mas grave finura; acompañada de cierta austera reserva; sus visitas al Convento eran poco frecuentes. Dos años habian trascurrido, y el Coronel seguia tan poco familiar en su trato con las monjas, como el día en que por vez primera pisó aquellos umbrales acompañado de su sobrina.

En aquella casa religiosa se profesaba mucha devoción al Corazón de Jesús, y casi todos sus moradores preciábanse de pertenecer á la *Guardia de Honor*. Señal de esto era un gran cuadro pendiente en una de las paredes de la capilla, en el que estaban escritos los nombres de todos los que habian prometido dedicar la hora elegida á la honra y servicio del Sagrado Corazón. Y no solo los moradores del Convento, sino tambien muchos fervientes católicos de la ciudad pertenecian á la *Guardia de Honor*. En la época del año á que nos referimos, Mayo tocaba á su fin; y con la proximidad del mes consagrado á honrar el divino Corazón, las oraciones y ejercicios piadosos de almas devotas, redoblábanse para obtener del Señor el aumento de la de-

vocción al adorable Salvador, y mas copiosa lluvia de gracias celestiales. Tambien la niña María Fortescue, aunque todavia protestante, amaba al divino Corazón, y como el círculo de personas que fuera del Convento conocia, era muy reducido, todo su anhelo y el blanco de todas sus miras era obtener del Señor el que su tío el Coronel se alistara en la *Guardia de Honor*.

Anuncióse repentinamente en cierto día la llegada del militar, que venia á visitar á su sobrina. Adornóse ésta con las pocas galas encerradas en su cómoda, y bajó con Sor Felicitas, que habia sido la señalada para el poco agradable cargo de acompañarla al recibidor, donde el grave Coronel aguardaba á la niña. De camino por un largo corredor iban María y la religiosa, cuando de repente, y con gran asombro de la Hermana, paróse la niña, se encaró con ella, dirigióle una mirada de ruego, y asiéndola convulsivamente por las rodillas, y ocultando su carita entre los vestidos de la religiosa, lanzó un gemido de dolor. Quedó Sor Felicitas fuera de sí.

—Pero María, querida María, ¿qué te pasa?

—Bu-hu.

—Hija, ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué lloras? ¿Tienes algo que te apene? ¿Qué vá á decir tu tío si así te ve?

La niña seguia llorando y repitiendo su consabido bu-hu.

—¡Por Dios, Marial

—Querida Sor Felicitas,—exclamó por fin la niña,—Prométame V. una cosa!

Contrariada la hermana á tal respuesta, contestó á regaña dientes en voz baja:—¡Que te prometa una cosa!

—Sí, una sola cosa. Hágalo, Hermana hágalo.

—María, por Dios, no seas mala. Mira que tu tío espera... Vamos... ¿Qué quieres que te prometa?

—Prométame V. procurar que pertenezca mi tío á la *Guardia de Honor*.

Sor Felicitas quedó temblando á la sola idea de tan inaudita temeridad.

—Pero, hija, ¿cómo puedo yo hacer tal cosa?

La asustada Hermana cortó pronto la conversacion, abriendo la puerta del recibidor, dondela Superiora se hallaba á la sazón entreteniendo al oficial. No se encubrió á la penetrante mirada de la R. Madre, que algun acontecimiento desusado habia ocurrido; pero despues de algunos momentos en que trató con el Coronel algunos asuntos relativos á su sobrina, se retiró. Pronto entablóse una larga y animada conversacion entre el militar y su sobrina. Referiale ésta las procesiones que se habian hecho en el jardín durante el mes de Mayo; luego llevó al Coronel á ver la estatua de la Virgen, despues la capilla á fin de que viera los preparativos que se hacian para las fiestas de Junio, hablando en todo este tiempo con una alegría y algazara, que la Hermana juzgó que todo peligro estaba ya disipado. ¡Vana esperanza! Tan luego como volvieron al recibidor, donde hallaron una taza de té preparada para el Coronel, María exclamó:

—Tío, Sor Felicitas quiere pedirte á usted un favor.

La pobre Hermana hizo un vano esfuerzo por detener á la niña; pero hallábase ésta vuelta de espaldas á la reli-

giosa y las miradas del Coronel fijas en el rostro de su sobrina.

No entendió éste al pronto.

—¿Qué hermana? María.

—Sor Felicitas, tío.

—¿No es así, Hermana?

Quedó la pobre monja sin saber qué decir.

Entonces el Coronel, con imperioso tono, dijo á la religiosa:

—Si mal no entiendo, Hermana, ¿me cabe el gusto de poderle á V. servir en alguna cosa?

—Coronel, jamás me habria yo tomado la libertad de hablaros, si Maria no hubiera insistido. Maria no puede pertenecer á la Guardia de Honor, pero ardentemente desea que yo le pida á V. el que V. pertenezca á ella.

—¿La Guardia de Honor? Ya: diga V., Hermana: ¿Y cuáles son las obligaciones de la Guardia de Honor?

(Se continuará.)

(Mensajero del Corazon de Jesús.)

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegiricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.